

# EL EXTRAORDINARIO *DON DE GENTES* DE CRISTINA MACAYA

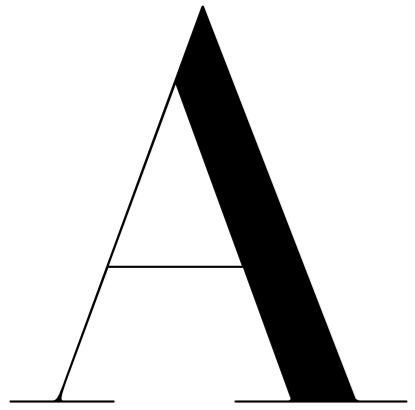
Generosa, optimista y energética, la ex presidenta de la Cruz Roja promueve y ayuda en Mallorca a diversos proyectos sociales. Pero también es una excelente ANFITRIONA: Dicen que si no estás en su agenda, tal vez no seas tan importante. Por JUAN CARLOS RODRÍGUEZ.

Fotografías de Antón Goiri.



Cristina Macaya, en su casa de Madrid, con camisa de seda de Chloé y pantalón de cuero de Givenchy para Ekseption, botín trenzado de Alaïa y joyas propias.





A Cristina López Mancisidor (Madrid, 1945), más conocida por su apellido de viuda (tuvo cuatro hijos con el financiero Javier Macaya), jamás la verán participando en un *reality* o enredada en polémicas mediáticas. Cosmopolita y

con un extraordinario don de gentes, la agenda de Macaya está repleta de nombres poderosos e influyentes de medio mundo, pero no es famosa ni aspira a serlo. Al frente de la Cruz Roja durante once años, primero como vicepresidenta y luego como presidenta, filántropa y mecenas, su existencia parece obedecer a una misión: ser una *mejoradora* de la sociedad. Si le preguntas a qué se dedica, contesta con una enigmática sonrisa: “Pues no lo sé... Hago un poco de todo”. Sin alharacas. Entre otras ocupaciones, está volcada con Proyecto Hombre (organización dedicada a la prevención y el tratamiento de drogodependencias) y ha sido la impulsora de la Unidad de Madres de la cárcel de Palma de Mallorca, un programa penitenciario para mejorar la vida de los hijos de las presas. Por estas iniciativas ha recibido el Premio Women Together de la ONU y el Goxua de la Asociación Mujer Siglo XXI. “Me involucro mucho en los proyectos en los que creo, aunque luego no funcionen”, asegura esta samaritana encaramada a tacones de aguja. Reclamada para apoyar distintas causas, hace poco aceptó ser presidenta de honor de la Asociación de Fatiga Crónica de la ciudad balear.

—¿Pero no se supone que es usted una mujer infatigable?

—Sí, mis amigos me toman el pelo porque dicen que soy una mala influencia para los enfermos de fatiga (risas).

Pese a su labor benefactora —por sus obras la conoceréis—, su imagen pública no está exenta de cierta frivolidad. Es fácil confundirla con una ricachona desocupada cuya mayor ambición es dar *parties* en casa. “Yo no doy *parties*, organizo cenas para mi familia y mis amigos”, precisa quien arrastra la etiqueta de ser “la gran anfitriona internacional de Palma de Mallorca”, motivo por el cual su nombre es una negrita de relumbrón en las crónicas de sociedad. Por su mansión de Es Canyar, un palacete de estilo toscano situado en Establiments (a 20 kilómetros de Palma de Mallorca) y rodeado de un valle de naranjos, pasan habitualmente aristócratas, políticos, banqueros, artistas... La *crème de la crème* de la alta sociedad. Todos ellos —desde los príncipes de Kent a Michael Douglas, pasando por Bill Clinton, el escritor Carlos Fuentes, los Cisneros de Venezuela o el matrimonio Fendi— hallan privacidad y sosiego en este remanso de paz.

—Dicen que estar invitado a Es Canyar es un pasaporte al paraíso...

—En mi casa, mis amigos, mis invitados, se sienten libres. Están todos juntos y se lo pasan bomba. A mí me ven poco, porque me gusta también estar un poco a mi aire.

Acostumbrada a viajar por medio mundo —“siempre por un motivo concreto, nunca como turista”—, vive a caballo entre sus casas de Mallorca, Madrid, Gstaad (Suiza) y Nueva York, donde residen dos de sus hijos. En nuestro primer encuentro acababa de regresar de la India con motivo de la boda de la princesa Padmaja, la hija del maharajá de Udaipur. “Los festejos duraron una semana, fue como vivir *Las mil y una noches*”, recuerda. Antes estuvo en una recepción ofrecida por el Príncipe Carlos de Inglaterra en el palacio de Buckingham, junto a otras *socialités* como la

duquesa de Alba o Isabel Preysler. Y al día siguiente de esta entrevista voló a Nueva York, donde había quedado con “Michael” (Douglas). “Lleva cuatro meses limpio del cáncer; durante su convalecencia hemos hablado mucho por teléfono. Somos muy amigos”. Sorprendido por la vitalidad de Cristina, tras comprobar que es la última en acostarse y la primera en madrugar tras una fiesta, el actor le dijo: “Ahora entiendo por qué tienes tanta energía: ¡siempre estás comiendo jamón!”.

—¿Juerguista?

—Sí, lo reconozco (*Risas*).

De figura esbelta, con piernas y cintura de quinceañera a pesar de sus 66 años —“no hago ninguna dieta; mi madre era tan delgada como yo”, asegura—, Macaya nos recibe con su sonrisa de perfecta anfitriona en la casa familiar de La Moraleja, la exclusiva urbanización madrileña. Nos ha invitado a comer, pero antes nos ofrece un sencillo aperitivo de aceitunas y almendras tostadas. Viste *leggings* negros, un chaleco de mercadillo, abalorios de bisutería fina y zapatos de tacones vertiginosos. “Me gusta vestir de forma estrafalaria”, reconoce antes de cambiarse de ropa para las fotos. En su armario tienen cabida los arquitectónicos diseños del japonés Issey Miyake, los tocados de Santiago Bandrés, los complementos de Zara, los abrigos de Elena Benarroch o la bisutería del célebre joyero neoyorkino Kenneth Jay Lane (creó diseños únicos

para Jacqueline Kennedy, Elizabeth Taylor o Audrey Hepburn), otro de sus íntimos. “Soy muy despreocupada con lo que me pongo, pero me interesa la moda por mi amistad con algunos diseñadores, como el fallecido Fernando Sánchez. Yo me probaba sus vestidos de alta costura antes de que se presentaran en los desfiles de Nueva York”. Benarroch, amiga incondicional desde hace 30 años, le ayuda a organizar su armario, “pero mejor que ella no se viste nadie. Me pide consejos, aunque eso no quiere decir que los siga”. A veces van juntas de compras por Manhattan,

“sobre todo a las zonas de mayoristas, por las avenidas 5ª y 3ª, en busca de chorradas”. Y es que, como dice otra de sus amigas, “Cristina es la reina de la bisutería”.

—¿Qué es el lujo?

—Ser libre, con todo lo que implica. El lujo es tener una calidad de vida coherente. Lujo (o más bien suerte) es que Valentino te invite a su último desfile. Nunca he visto un espectáculo tan exquisito y a la vez tan simple. Todo lo que es demasiado rebuscado, para mí no es lujo.

—¿Y la elegancia?

—Ser natural. Las cosas dejan de ser elegantes cuando no son naturales. Lo cursi no puede ser elegante porque carece de naturalidad.

—Su nombre figura en un *ranking* de “mujeres españolas ricas y poderosas” que está colgado en Internet. ¿Es una rica de izquierdas?

—Me encantaría que eso fuera verdad, porque sería riquísima y poderosísima (*risas*). Soy una normal y corriente, ni de izquierdas ni de derechas.

En el salón hay cuadros de Barjola y Pin Morales (prefiere no desvelar los más valiosos), jarrones con rosas y orquídeas y estanterías repletas de libros, desde una colección de los premios Pulitzer de novela hasta *La teoría de la inteligencia creadora*, de José Antonio Marina, pasando por *The Landmarks of New York*, un catálogo de retratos florales del fotógrafo americano Robert Mapplethorpe. Sobre el piano, una foto suya junto

ESTILISMO: LORENA MARTÍNEZ. MAQUILLAJE Y PELLUQUERÍA: JOSÉ SANDE PARA CLARINS Y SILKY. ASISTENTES DE FOTOGRAFÍA: PALOMA RINCÓN Y TAMARA SUALDEA.



Cristina Macaya lleva cazadora de cuero y vestido de encaje de **Azzedine Alaïa** y joyas de la propia Cristina.

al ex presidente George Bush padre. De fondo suena un bolero, su música preferida junto con el jazz. “Siempre que estoy en casa me apetece música calma”, dice mientras Tapi, Mac y Luna, sus tres perros, correatan por el jardín. Huele a *Lampe Berger Chipre*, el relajante ambientador que su empleada búlgara ha esparcido por toda la casa. Su presencia —desnuda de impostura o afectación— también relaja.

Extrovertida, “amiguera” y sociable por naturaleza (“me encanta la gente, pero soy muy introvertida a la hora de expresar mis sentimientos”), todos sus amigos la adoran. Tras hablar con una decena de ellos, uno intuye que su encanto radica en cómo practica y contagia su *joie de vivre*; una alegría de vivir que en su caso implica un amor incondicional por la vida. Entre sus aficiones, la cocina creativa, leer, pintar, jugar al bridge, remodelar su casa y, por descontado, organizar fiestas inolvidables.

Según su amiga Begoña Zunzunegui, fundadora de la tienda de decoración Becara, “Cristina es efervescente, una fuente de alegría y energía. Reúne unas cualidades que pocas veces se dan en la misma persona: es generosa, guapa, trabajadora, disciplinada, divertida... La

conozco desde que tenía 16 años y no he encontrado a nadie parecido. Como amiga, nunca decepciona. Le importan las personas y es divertida en su generosidad. Sus fiestas son especiales por su naturalidad, por cómo mezcla a personas y personajes de distintos ámbitos o culturas y hace que todos se sientan bien gracias a su enorme capacidad de organización, fantasía y creatividad. Tienen magia, algo que poca gente es capaz de crear”. Lo corrobora el artista Ben Jakober, en cuya fundación homónima, radicada en Palma de Mallorca y dedicada a la conservación y restauración del patrimonio histórico español, Macaya colabora aportando financiación y valiosos consejos: “Es una especie de hada madrina que transforma todo lo que toca con su varita mágica. Saca belleza de la fealdad. Hace magia con la gente, con los objetos, con los lugares... Es capaz de convertir un viaje aparentemente aburrido en único”. El sacerdote Tomeu Català, presidente de Proyecto Hombre, la conoce desde hace una década y ha casado a dos de sus hijos. “Una cosa es la apariencia (desde fuera, Cristina puede parecer frívola) y otra el corazón. Y el suyo es muy bondadoso. No juzga ni condena a nadie”, explica por teléfono desde Roma. “Una vez, durante una comida con un enfermo de sida, él la provocó con un tenedor y ella reaccionó comiendo con ese mismo cubierto, cuando por entonces mucha gente ni siquiera se atrevía a saludar a un seropositivo por miedo al contagio. Es tremendamente intuitiva y caza las cosas al vuelo. No sólo huele a las personas que se le acercan, sino que ve con claridad cada situación. Es generosa, pero no tonta”, puntualiza este cura pegado a la tierra.

—Cristina, ¿cree en Dios?

—Sí, pero a mi manera. A misa voy poco. Tengo mis creencias...

A Català le impresiona su serenidad a la hora de afrontar los problemas, como cuando organizó una *charity* en su mansión a beneficio de Proyecto Hombre: “Invité a 400 personas y al final se presentaron 600, pero no se alteró”. (Reacia al protocolo, Cristina asegura que nunca envía invitaciones por escrito: “prefiero llamar por teléfono y sin mucha antelación”). También admira su capacidad para involucrar a sus influyentes amigos; su aparente facilidad para mover los hilos tirando de agenda: “Para la construcción de la nueva sede de Proyecto Hombre consiguió que un equipo de arquitectos nos donara el proyecto; luego llamó al presidente de Cemex (la cementera mexicana) para que nos regalara el cemento y al de Porcelanosa para que nos pusieran las baldosas”. Como todos sus amigos, destaca su capacidad para ser ella misma en cualquier situación, “ya sea comiendo con un drogadicto o con un maharajá”.

Hasta el cantante Van Morrison, con fama de hosco y antisocial, hizo buenas migas con la dama del valle: “Él estaba en la isla para dar un par de conciertos en la fundación que Michael Douglas tiene en Valldemosa y vinieron juntos a casa. Michael me advirtió que Morrison no era muy hablador. ‘Pues es su problema; si no habla, hablo yo’, le dije. Pero al final resultó ser un hombre simpatiquísimo y lo pasamos genial. ‘Me habló con sencillez de su hija, despojándose de ese personaje con gafas y sombrero’, relata Macaya, que fue durante casi 20 años pareja del empresario y mecenas Plácido Arango (dueño del grupo VIPS y uno de los mayores coleccionistas de arte de España) y se codea con la auténtica *jet set* internacional, aunque ella no se siente parte de ningún círculo. “Nunca me hablo a mí misma”, afirma con su voz ronca de fumadora empedernida (su pitillera de cigarrillos *Vogue* es una extensión de sí misma).

Hija de padre gallego, notario de profesión, y de madre sevillana, Cristina López Mancisidor (la mayor y única chica de cuatro hermanos) nació en Madrid en el seno de una familia acomodada. De niña se recuerda “muy independiente, siempre a mi aire”. En casa le dieron caprichos, sí, “pero también me castigaban mucho, como en el colegio. No era buena estudiante, y no me adaptaba fácilmente a la





“Rodearte de gente que quieres y que te quiere (porque la amistad ha de ser recíproca) te ayuda a ver la vida de otra manera”



Arriba, Cristina con su marido, el financiero Javier Macaya, y tres de sus cuatro hijos: Sandra, Javier y Cristina. Cristina estaba embarazada de la cuarta, María, cuando falleció su esposo en un accidente de tráfico. En el medio una imagen de Cristina en los años sesenta y, sobre estas líneas, en Es Canyar, su casa de Mallorca.

disciplina de las monjas”. ¿Qué lecciones le inculcaron sus padres? “Quizá la capacidad de aguantarme, de no quejarme porque de nada me servía, de ser realista. Creo que a la larga me vino muy bien, porque me adapto fácilmente a la adversidad”.

Curiosamente, por parte de madre descende del corsario francés Jean Lafitte (Saint Malo, 1771-1819), personaje legendario en Nueva Orleans por las batallas que libró en sus aguas. “Conservo una carta manuscrita que el hermano de Lafitte envió al rey de Francia. Cuando conocí en una comida al alcalde de Nueva Orleans y le hablé de mi parentesco, me invitó a las fiestas. Pensé: ¡estos me pasean por las calles con un gorro de pirata!”. Como el famoso bucanero que inspiró a Lord Byron e inmortalizó Cecil B. DeMille en *The Buccaneers*, ella también ha tenido que hacer frente a tormentas y naufragios, empezando por las muertes tempranas de su padre y de su marido. Su matrimonio con Javier Macaya apenas duró una década: enviudó a los 29 años, con tres hijos pequeños y otro más en camino. Frente a la desgracia, apretó los dientes: “Los niños fueron al colegio al día siguiente”.

—¿Cómo consiguió salir adelante?

—Mi teoría es que, cuando la vida te golpea, enseguida tienes que actuar. Si lo dejas para mañana, te bloqueas y te deprimes. Creo que hay que vivir el presente e ir resolviendo los problemas que se te presentan sin hacer mucho futurismo. Mi actitud ha sido ésta desde siempre, sin necesidad de haber vivido una tragedia.

—No tuvo tiempo ni de llorar...

—Tampoco es que sea de lágrima fácil. Me resulta más fácil llorar mientras veo una película que cuando me cae una gordísima. No es que los problemas me resbalen; simplemente, no dejo que me afecten más de lo necesario. Me considero optimista, el optimismo da suerte.

—¿Se refugió en sus amigos?

—Yo no soy de refugios. La palabra refugio ya te entristece: es un lugar donde esconderse. Pero rodearte de gente que quieres y que te quiere (porque la amistad tiene que ser recíproca), te ayuda a ver la vida de otra manera. Y a mí me ayudó muchísimo. Tengo muy buenos amigos.

—¿Qué importancia le da a la amistad?

—Muchísima. Después de los hijos, la amistad es mi prioridad. A los amigos los eliges. Hay gente que dice que tuvo un desengaño con un amigo suyo. No era un amigo, era un conocido. Tienes que saber lo que da cada uno. Yo, desengaños de amigos no me he llevado ninguno.

Quien tuvo, retuvo. De jovencita, la belleza de Cristina no pasaba desapercibida. Begonia Zunzunegui, que veraneaba con su familia en Fuenterrabía (Guipúzcoa), la recuerda subida a una carroza junto a las hermanas Villanueva, entre las más bellas del lugar. “¡Ríete tú de Claudia Cardinale!”. Sabía inglés y francés, cosa inusual entre las chicas de su edad, y con 16 años entró a trabajar de ayudante en la embajada de Bélgica. “Luego me casé y ya no trabajé más. Con 30 años me nombraron presidenta de una cooperativa de La Moraleja, aunque me tomaron de pichón”. En 1975, al año de quedarse viuda, Enrique de la Mata, por entonces presidente de la Cruz Roja española, le propuso colaborar con la institución. “Le dije: ‘no sé si te voy a servir’. Pero acabé quedándome casi 12 años”. Ya saben, la suerte del optimista... “Fue una experiencia buenisísima. Conocí mundos distintos, desde África a Europa del Este, y me encargué de conseguir ingresos. Me inventé el Sorteo del Oro, a través del cual conseguimos recaudar unos 2.000 millones de pesetas en el primer mes de su puesta en marcha. Siempre he sido más partidaria de la autofinanciación que de las cenas benéficas”.

Una llamada de teléfono interrumpe la entrevista. Es su hijo Javier, ejecutivo asentado en Nueva York, que la llama para pedirle unas lentejas que su cocinera particular no encuentra en Manhattan, aprovechan-

do que su madre viaja al día siguiente a Estados Unidos. “Prepárame ocho kilos para mañana”, ordena la señora a su empleada doméstica.

Como sus tres hermanas, Javier Macaya fue educado desde pequeño en internados suizos, ingleses y americanos. “Les mandé al extranjero para que al menos tuvieran idiomas. Nunca fui partidaria de sermones ni castigos; tampoco les ayudé nunca a hacer los deberes, pero tengo la conciencia tranquila”, afirma Cristina, que reconoce no haber sido una persona demasiado convencional, “ni como esposa, ni como madre, ni como abuela”. Sus 17 nietos—con edades comprendidas entre los 3 y los 23 años— la llaman *Bubu* y aseguran que “no es una abuela normal porque lleva taconazos”. Con sus hijos está encantada: “Han salido muy buenos, no me han dado disgustos ni se han metido en drogas”, aunque los tres mayores acabaron divorciándose. Sandra dirige su propia empresa de moda, Sandra’s Living; Javier es fundador y CEO de la financiera Athelera; Cristina es fotógrafa profesional y María es crítica de arte.

¿Marca ser hija de Cristina Macaya?, le preguntaron a María en el *Diario de Mallorca*. Sus hermanos podrían suscribir su respuesta: “Seguro. Uno tiene que aprender de su alegría, de su energía, de su don de gentes, de su generosidad y su fortaleza. Mi madre es una mujer muy fuerte que ha luchado mucho para sacar a nuestra familia adelante. Ha tenido una vida muy dura, pero ha conseguido mantener a la familia unida. Es un gran ejemplo para mis hermanos y para mí. Nos ha guiado dejándonos ser nosotros mismos. Se conoce su parte más social, pero hay mucho más”.

La Cruz Roja fue para Cristina una escuela de filantropía. Años después, tras asentarse en Palma de Mallorca (donde pasa buena parte del año) y conocer a Tomeu Català, “un cura de una pieza”, empezó a involucrarse aún más en diversos proyectos, como la rehabilitación de toxicómanos a través de Proyecto Hombre o la Unidad de Madres de la cárcel de Mallorca. Convencida de las ventajas de la reinserción, cuando vio entre barrotes a los niños de las madres presas, se conmovió. “Fui a ver a Mercedes Gallizo (directora general de Instituciones Penitenciarias), y me dijo: ‘tira *p’alante*, que yo te apoyo’. El mérito es de ella”. Hoy, este proyecto piloto (20 unidades residenciales de 40 metros, un nuevo concepto de vivienda que pretende acercar al menor a una imagen más real de una casa normalizada) se ha extendido a Madrid y Sevilla. “La generosidad de Cristina es desinteresada; no espera nada a cambio, ni siquiera el reconocimiento. Le sale del corazón”, comenta Gallizo, orgullosa de disfrutar de su amistad. “Mueve los hilos para comprometer a sus amigos en sus proyectos, desde la solidaridad y el compromiso. Para la Unidad de Madres, por ejemplo, consiguió que un pediatra atendiera de forma gratuita a 25 niños”.

Si Cristina apenas publicita sus obras, menos aún suele hablar de su vida sentimental. A pesar de ello, le pedimos que haga balance de su relación con Plácido Arango, su pareja durante 16 años, a quien conoció a través del galerista Fernando Guereta. “Ha sido muy positivo. Plácido es un hombre muy inteligente, buena persona y con una mente muy clara. Nos seguimos llevando bien. Tiene un interés tremendo por el arte y es muy culto en ese campo. Yo no lo era—tampoco es que lo sea ahora—, pero algo he mejorado”. Según Ramón Canet, uno de los más importantes exponentes de la pintura en las Islas Baleares, y de los primeros artistas que Macaya conoció en Palma (en Es Canyar cuelgan varios de sus cuadros), “tiene mucho ojo para distinguir el grano de la

paja y no confunde el valor con el precio”. Pep Pynya, propietario de la galería de arte Pelaires, la primera de arte contemporáneo que abrió en Mallorca (en 1970 albergó la primera exposición de Joan Miró en la isla), coincide en esta apreciación: “Ella ha recorrido medio mundo y ha conocido artistas internacionales de gran renombre, incluidos Chillida, Tàpies o Canogar. Tiene una sólida educación y mucho criterio. A lo mejor tiene artistas que no son los mejores, pero son los que más quiere. Lo importante es que los conozca y que los valore”. Gracias a ella, algunos han conseguido mayor proyección.

Pynya aún recuerda la primera comida que tuvo con su amiga en Es Canyar: “Me puso unos huevos fritos”. Además de la comida mallorquina, a ella le encantan los clásicos huevos estrellados de Lucio, donde suele cenar los domingos cuando está en Madrid. “Aquí ha venido con todos los aristócratas del mundo. La adoro por la categoría que tiene y esa forma tan suya de darse a los demás”, destaca el castizo restaurador.

Desde que finalizó su relación con Arango, Macaya disfruta de una confortable soledad. “Me gusta y me interesa la gente, pero no me importa nada vivir sola”, asegura. “Además, no sé a qué se llama estar solo. Yo no estoy sola. Si estarlo es no tener un marido o una pareja, pues entonces sí, pero yo a eso no le llamo estar solo. La vida se compone de muchas más cosas. A mí me gusta más ir sola a una fiesta que ir con alguien”.

—¿Echa de menos tener pareja?

—No, probablemente yo tampoco soy una persona fácil para convivir. Soy muy independiente y nada obediente.

—¿No concibe volver a enamorarse?

—A estas alturas te digo que... Imposible. No, no, no. Yo ya estoy en otra historia. Tengo la vida ocupada, tengo mis hijos, mis amigos... La verdad es que estoy muy contenta con la vida que tengo.

—¿De qué tipo de cosas no podría prescindir?

—Yo puedo prescindir de muchas cosas. A todos nos ha cambiado la vida muchas veces. Hay que tener capacidad de adaptarte a las circunstancias y de sacarles el mejor partido.

—¿Para qué sirve el dinero?

—Depende. El dinero es necesario para vivir. Si te refieres al superdinero... Cuando se tiene algo hay que ser generoso en la misma medida. Sirve para mejorar la vida de otra gente, aunque a veces se malgaste en alimentar vanidades.

—¿Qué rasgo le desagrada más de sí misma?

—Me analizo tan poco...

—¿Nunca se ha hecho un *lifting*?

—No, aunque a lo mejor me haría falta. Pero me da mucho miedo meterme en el quirófano. Total, para que te quiten cuatro arrugas...

—¿Cuál es su estado de ánimo actual?

—Más relajado que nunca.

Al final de la entrevista, nuestra anfitriona nos invita a comer en el “salón de los monos”, una estancia decorada con decenas de figuritas de simios. Hay bufé libre de pollo frito, ensalada de tomate y queso feta, naranja natural en rodajas y bombones. Tras la sesión de fotos, le toca preparar maletas rumbo a Nueva York. Allí se reencontrará con su amigo Michael Douglas y con su hijo Javier, que espera su alijo de lentejas.

La última pregunta es para Tomeu Català, el sacerdote de Proyecto Hombre:

—¿Cristina Macaya se ha ganado el cielo?

—(Risitas) No lo sé, pero se lo está ganando. Su único pecado es que cuida poco de sí misma. Debería mimarse un poco más. ■